



**Hablamos
con el Señor**
sábado, 13 abril de 2019

Estas preguntas te dirijo, Señor Jesús en la cruz:

¿Qué corona es esa que te adorna,
que por joyas tiene espinas?
¿Qué trono de árbol te tiene clavado?
¿Qué corte te acompaña, poblada
de plañideras y fracasados?
¿Dónde está tu poder?
¿Por qué no hay manto real
que envuelva tu desnudez?
¿Dónde está tu pueblo?

Y así me respondes:

Me corona el dolor de los inocentes.
Me retiene un amor invencible.
Me acompañan los desheredados,
los frágiles, los de corazón justo,
todo aquel que se sabe fuerte en la debilidad.
Mi poder no compra ni pisa,
no mata ni obliga, tan solo ama.
Me viste la dignidad de la justicia
y cubre mi desnudez la misericordia.
Míos son quienes dan sin medida,
quienes miran en torno con ojos limpios,
los que tienen coraje para luchar
y paciencia para esperar.
Y, si me entiendes, vendrás conmigo.

José María Rodríguez Olaizola, sj

¡Señor quiero acompañarte en tu pasión salvadora

Señor hoy vengo a suplicarte que no tenga miedo, que no tenga miedo a tu bondad y que no tenga miedo a tu ternura

No tener miedo

Al acercarnos a la Semana Santa salta a primer plano la intensidad del evangelio. Seguirte tiene consecuencias, no es fácil. En el horizonte aparece la cruz. Y, sin embargo, o quizás por ello, es más necesario hoy que nunca creer de verdad que el evangelio merece la pena. No temer la bondad. No asustarse de poner toda la ternura en juego, es una buena propuesta. Es tu propuesta.

No tengáis miedo, nos dice Jesús

“Iban de camino, subiendo hacia Jerusalén. Jesús iba adelante y ellos se sorprendían; los que seguían iban con miedo. Él reunió otra vez a los Doce y se puso a anunciarles lo que le iba a suceder” (Mc 10,32)”

¿De qué tengo miedo?

No tener miedo a la bondad

S. Pablo nos dice qué sucede a quien se deja llevar por el Espíritu de Dios: “... el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad” (Gal 5,22)

¿Por qué habría de asustarme la bondad? ¿Por aquello que dicen muchos de que ser bueno es ser tomado por tonto? Tal vez del bueno se aprovechen los malos, los egoístas, los injustos. Pero prefiero fiarme, y elegir el camino del bien. El camino que me conduce a los otros y a Ti. Prefiero vencer el mal con el bien. Y no colocando otro mal que haga mas daño.

Bondad es querer el bien de los otros (Benevolencia);

Bondad es hablar con justicia, con verdad de los otros (Bendición);

Bondad es desear la felicidad en los espacios donde esa felicidad es más necesaria, más urgente y más debida Desear la felicidad como Jesús es sus Bienaventuranzas...

Señor , aquí están mis manos, mi corazón, mi vida, para ser artífice de la bondad. Hoy, aquí y ahora, en mi casa, con mi familia, en el trabajo, en distintos momentos y lugares... de cada día

No tengáis miedo la ternura

“Si algo puede una exhortación en nombre del Mesías, o un consuelo afectuoso, o un espíritu solidario, o la ternura del cariño, colmad mi alegría sintiendo lo mismo, con amor mutuo, concordia y buscando lo mismo.” (Flp 2,1-3)

¿Es la ternura un límite? ¿Es bajar la guardia y mostrarme vulnerable? Puede ser. Tal vez en nuestro mundo sea más prudente aislarse tras un muro de indiferencia, de frialdad, de distancia.

Pero, en el evangelio, me invitas a aprender de Ti, Señor... Y te veo tocando a los heridos, acariciando a los leprosos, levantando del suelo a los caídos, riéndote en la mesa, rodeado de gente cercana. Te veo pasar el hombro por el brazo del amigo, consolar al que llora. Te veo mirando a la gente a los ojos y adivinándoles las heridas de dentro.

Y entonces quiero ser como tú, Señor. Quiero abrir los brazos y la entraña, para hacer de mi vida un espacio de encuentro, de mis ojos un faro en la noche, de mi palabra un canto en la tormenta.

¿Me acerco con ternura a tantos y tantos con los que me encuentro?

¿Me acerco con ternura a tantos y tantos que sufren?

Y escucho la siguiente invitación a vivir ahora la bondad del Evangelio

Sed buenos: buenos en vuestro rostro,
que deberá ser distendido, sereno y sonriente;
buenos en vuestra mirada,
una mirada que primero sorprende y luego atrae.

Sed buenos en vuestra forma de escuchar:
de este modo experimentaréis, una y otra vez,
la paciencia, el amor, la atención
y la aceptación de eventuales llamadas.

Sed buenos en vuestras manos:
manos que dan, que ayudan,
que enjugan las lágrimas,
que estrechan la mano del pobre y del enfermo
para infundir valor, que abrazan al adversario
y le inducen al acuerdo,
que escriben una hermosa carta a quien sufre,

sobre todo si sufre por nuestra culpa;
manos que saben pedir con humildad para uno mismo
y para quienes lo necesitan,
que saben servir a los enfermos,
que saben hacer los trabajos más humildes.
Sed buenos en el hablar y en el juzgar:
Sed buenos, si sois jóvenes, con los ancianos;
y, si sois ancianos, sed buenos con los jóvenes.
Sed contemplativos en la acción:
mirando a Jesús –para ser imagen
de Él– sed, en este mundo y en esta Iglesia,
contemplativos en la acción;
transformad vuestra actividad ministerial
en un medio de unión con Dios.
Sed santos: el santo encuentra mil formas, aun revolucionarias,
para llegar a tiempo allá donde la necesidad es urgente.
El santo es audaz, ingenioso y moderno;
el santo no espera a que vengan de lo alto
las disposiciones y las innovaciones;
el santo supera los obstáculos y, si es necesario,
quema las viejas estructuras superándolas...
Pero siempre con el amor de Dios
y en la absoluta fidelidad a la Iglesia
a la que servimos humildemente
porque la amamos apasionadamente.

Pedro Arrupe

¿Cómo vivir y donde vivir esta bondad del Evangelio?